

## TRAS LA CRUZ LA CORONA

A veces unos piensan de que todo está perdido, ~~imposi-~~  
~~blemente~~. De que no vale la pena seguir repechando por las  
vertientes de la historia. Uno advierte cómo todo un alud de  
problemas y de circunstancias se echan a rodar, cuesta abajo,  
envolviéndonos a todos en alguna medida. Sin embargo, cuando  
el río vuelve a su cauce natural, descubrimos cuán equivocados  
estábamos.

Imaginémonos por un instante lo que sucedió en Judea.  
Toman a Jesús de Nazaret que por un tiempo se había movido  
libremente por toda aquella geografía, y lo someten a un pro-  
ceso inquisitorial. Lo llevan ante Anás, ante Caifás, ante  
Herodes, ante Pilato. Los soldados le escarnecen y escupen  
su rostro. Las autoridades religiosas le injurian y le acusan  
sin causa para ello. El pueblo que apenas ayer, le había reci-  
bido con vítores y aclamaciones a su paso por las calles de  
Jerusalén, pide a todo pulmón que sea crucificado. Por fin,  
Pilato cede a las insistentes demandas del pueblo y de sus  
líderes religiosos, y en la mañana del primer Viernes Santo  
crucifican al Nazareno no sin antes hacerlo cargar la cruz.  
Poco antes del sol ocultarse, bajan el cuerpo yerto e inmóvil  
de Jesús, y lo ponen en un sepulcro labrado en una peña. Los  
soldados de la Roma imperial colocan una enorme piedra a la  
entrada y la sellan. Una guardia romana se mantiene junto al  
sepulcro en estado de alerta. Quieren evitar que los discí-  
pulos se roben y traigan el cuerpo del Nazareno, y luego  
propaguen por todas partes <sup>la noticia de</sup> su resurrección.

Aquel viernes que cae sobre Judea deja a los seguidores de Jesús, a plena intemperie. Aún la naturaleza está de duelo. Cielo y tierra se sumen en una indecible oscuridad. Ha muerto aquel que dijo: "Yo soy la Luz del mundo,"—así dirían sus enemigos.

El sábado judío que había sido ocasión para <sup>las reuniones</sup> ~~que la~~ ~~pasión de Jesús a muchos~~ <sup>en la sinagoga</sup> alcanzase, se halla ahora enlutado. Los seguidores del Maestro que aún tienen bríos para reunirse, aunque sea a puertas cerradas, se hallan abrumados por una carga terrible. Sus corazones son ahora cual dolorida flor de pasión. Las mujeres que habían acompañado a Jesús, y que le habían hecho objeto de su amor y lealtad lloran desconsoladamente. Lloro María "la bienaventurada", la que había estado junto a la cruz sintiendo más que ninguna otra el dolor de aquel cuerpo roto y desgarrado por el pecado de los hombres. Lloro María la de Magdala la que había sentido el toque maravilloso de aquellas manos que la habían sanado. Todas lloran porque todas le aman, como se ama a una persona que ha hecho mucho bien, y que en todas ha dejado la impronta de su fecundo vivir.

Los discípulos se hallan alicaídos. No saben qué hacer. Todas sus esperanzas se han desvanecido. Ellos que esperaban puestos de honor en Su Reino, se hallan desilusionados. Tal vez se preguntarían unos a otros: "¿De qué ha valido el sacrificio que hemos hecho? He aquí nosotros hemos dejado atrás casa, amigos, hacienda por seguirle a El, y ¿a lo que hemos llegado!" "¿Por qué no nos quedaríamos con

nuestro padre pescando en el mar de Galilea?" --dirían los hijos de Zebedeo. Otro tanto dirían Pedro y Andrés. "Yo debí haberme quedado en el banco de los públicos tributos" --exclamaria Mateo. Y así se sucederían los comentarios. "¡A lo que hemos llegado! Hemos venido a ser el hazmerreir de todos! Ondas de angustia les envolvían a ellos que ya no podían captar el sentido intrínseco de la Cruz.

Otro tanto sucedía con los dos discípulos que iban camino de Emmaús. Un viajero que ellos no reconocen por hallarse sus ojos embargados, se les acerca, y les pregunta: "¿Qué palabras son éstas que tratáis entre vosotros, andando, y estáis tristes?" Cleofas le responde: "¡Tú solo peregrino eres en Jerusalén, y no has sabido las cosas que en ella ha acontecido estos días?" Entonces El les pregunta: "¿Qué cosas?" Ellos le responden: "De Jesús Nazareno, el cual fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros príncipes a condenación de muerte, y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que El era el que había de redimir a Israel: y ahora, sobre todo esto hoy es el tercer día en que esto ha acontecido."

¡Qué terrible resulta ese "nosotros esperábamos que El habría de redimir a Israel!" Allí está en toda su magnitud la condición anímica que les taladra. Es la medida que ellos nos dan de cómo se hallan. Su aura de expectación se ha esfumado como por encanto. Es de noche en sus corazones pues

una negra cerrazón les envuelve. ¡Como que la fuente de su luz y de su esperanza se ha apagado para siempre...!

Otras tantas veces nos ocurre a nosotros cuando zaran-  
deados por los avatares de la vida, no sabemos qué hora es  
en el acontecer de Dios. Hay unas señales de Dios en el ir  
y venir de los pueblos y de los hombres y de sus estructuras  
que no <sup>detengamos</sup> detengamos en la vida su sentido trascendente que,  
aunque cielo y tierra pasen con grande estruendo Su Palabra  
no pasará. Aunque por un tiempo tengamos que sufrir males  
sin cuento, Dios tiene en sus manos el destino de la historia.  
Cuando un universitario inquiría de mí: "¿Teme Ud. al fluir  
de los acontecimientos? ¿No le parece que todo esto tendrá un  
fin catastrófico?" Yo le contesté: "Tanto la historia como  
el cosmos como la vida nuestra se halla en las manos de Dios,  
y no hay por qué temer. Todo lo que se halla en las manos de  
Dios sale bien, y si usted coloca su vida en las manos de  
Dios otro tanto sucederá."

Por eso nosotros también cual peregrinos que somos de <sup>en</sup>  
esta tierra que se halla enferma y herida por la iniquidad  
del hombre, tenemos que seguir repechando —cuesta arriba—  
sabiendo de antemano que tras la tormenta viene la bonanza,  
tras la noche el reventar de la aurora, tras la tristeza la  
alegría, tras la cruz la corona.

Veamos lo que sucede en las primeras horas de aquel primer  
día de la semana mayor. Estando aún de noche, el que había  
sido crucificado y sepultado, el que había estado por tres  
días en la tumba, levántose glorioso y triunfante. El Alba se  
hizo rompiente de luz cuando la noche se fue con sus angustias

y desesperanzas, y vino --radiante y hermosa, en plenitud de luz-- la mañana de aquel Domingo de Pascua florida.

Todo se transmuta ante el toque poderoso de la mano de Dios. Una condición de primavera cunde por todas partes. La naturaleza reverdece . Los pájaros se animan y trinan como nunca antes lo habían hecho. Los ríos se colman de más aguas que luego utilizan para regar las tierras aledañas que no les pertenecen. Una claridad distinta e inconfundible irrumpe, avasalladora, por todas partes. Quizá por ello Antonio Machado decía a su regreso del cementerio de Soria que "el amor y la vida esperan la primavera."

¡Oh bendita Pascua de Resurrección! "Te Deum Laudamus"  
 --dice una antifona evangélica que vierte el cantar de uno que vive en armonía de primavera. Sólo así la vida es más dulce y más amable. Sólo así pueden florecer la esperanza y la fe, el amor y la vida pues se ha establecido de modo indubitable el triunfo del bien sobre el mal, del amor sobre el odio, de la luz sobre las tinieblas.

Eso mismo es lo que viene cuando se lucha bien. Cuando se vive nutrido de fe. Este peregrinar nuestro tiene sentido de Cruz. La Cruz nos puede saber a soles que calcinan, a arenas que queman, a espinas que hieren, a piedras que punzan...y a muerte como la que padeció el Nazareno...A eso supo la Cruz de Jesús. Domingo Marrero que fue un abanderado de la Iglesia cristiana en Puerto Rico decía: "La cruz de Cristo está hecha de espíritu, y no de madera como muchos creen. Los que se persignan por la cruz, y como el antiguo anacoreta, cargan al cuello una pesada cruz material, sin haber crucificado todavía

su orgullo, su amor propio, olvidan que la cruz no fue para Jesucristo madera, sino espíritu. La cruz es negación de sí mismo. El que quiera venir en pos de Mí —decía el Señor— niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame. Y es ese ir a la vida pensando en los demás, olvidándose de sí mismo, de pensar en otros mientras su cuerpo llagado sufría, la esencia fundamental de la vida y pasión del Crucificado." (hasta aquí la cita.)

El Nazareno tomó su Cruz con sentido de victoria. Tómala tú de igual manera. Quien dijo ser la Vida no podía quedar sujeto al imperio de la muerte. Así su triunfo es nuestro triunfo. Su vida es nuestra vida, y ya nos podemos ir por ahí —serenos y esperanzados— sabiendo que hay un Mañana de Victoria para los que se atreven seguir a Jesús.

El hecho palmario de que la tumba queda vacía es garantía de la fe que profesamos en Cristo quien es Rey de reyes y Señor de señores.. Ese hecho fue también el detonante que encendió la llama del movimiento más grande que la historia ha conocido. El pueblo de Dios que se da en medio de la Diáspora es un pueblo en marcha, con sus bandéras desplegadas, el paso firme, el corazón inflamado por una pasión y la voluntad rendida al Señor. De ellos dice el evangelista Lucas:

"Y ellos salieron de la presencia del Concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo."

El mismo Apocalipsis nace en domingo de pasión, y aunque muchos ven allí un cuadro escatológico tremendo y singular,

campea en sus páginas el signo de la victoria en Cristo. Esa fe les da ánimo, les da estamina para afrontar los momentos cruciales, y les permite columbrar --aunque sea tras las nieblas-- un cielo nuevo y una nueva tierra. Al Señor lo ven en su trono, y al pueblo que le es fiel lo oyen cantando doxologías y corales que pregonan su triunfo sobre la muerte y el pecado.

Es por ello que en nuestras noches largas y tristes, cuando todo parece haberse perdido, cuando uno llega a pensar de que no vale la pena seguir luchando que conviene recordar que todo lo que impide ahora algún día habrá de pasar, y vendrá el Alba de la Resurrección. Así lo confesamos cuando todos juntos repetimos el Credo de los Apóstoles.

Vive, pues, cada día que pasa como si fuera Domingo de Pascua florida, y ve a la vida con sentido de victoria que el Señor está en su trono, y todos los reinos de la tierra vendrán a ser el reino de nuestro Señor y Cristo a quien sean el poder y la gloria, el imperio y ~~lax~~ majestad por siempre. ¡Aleluya, Amén!.

  
 Madrid  
 Pascua de Resurrección -1976